

creen muchas veces ganar alguna cosa y la pierden. Juzgaron los veientes que, si atacaban á los romanos desunidos, los vencerían, y su ataque ocasionó que se unieran y los derrotaran. La causa de la desunión en las repúblicas nace muchas veces del ocio que sigue á la paz, y el motivo de la unión del miedo á la guerra. Si los veientes hubieran sido astutos, pensarán menos en la guerra cuanto mayor fuera la desunión entre los romanos, procurando, con las artes de la paz, someterlos. El modo de conseguir esto es inspirar confianza á los parciales de cada bando y ofrecer tu mediación mientras no llegan á las armas. Cuando esto sucede, ayudar algo á la parte más débil para mantener la lucha y que ésta cause la arruina de unos y otros, sin presentar grandes fuerzas que les hagan sospechar tus propósitos de opresión y tus deseos de llegar á ser su rey. Observando esta conducta conseguirás el fin que ambicionas.

La ciudad de Pistoya, citada en otro capítulo y con otro objeto, se sometió á la república de Florencia por estos medios. Dividida en bandos, los florentinos favorecían alternativamente uno ú otro, cuidando de no destruir ninguno, y así la llevaron al extremo de que, cansada de aquella vida de desórdenes, se echó voluntariamente en brazos de Florencia.

Nunca han influido tanto los florentinos en Siena como cuando les han hecho pocos y pequeños favores á cualquiera de sus bandos, pues al querer auxiliarle con grandes fuerzas, todos los sieneses se unían para defender el régimen existente.

Añadiré á los anteriores otro ejemplo. Aprovechando las discordias de los florentinos les declaró varias veces la guerra Felipe Visconti, duque de Milán, y siempre fué vencido, hasta el punto de decir, quejándose de sus fracasos, que las locuras de los florentinos le

habían hecho gastar inútilmente dos millones en oro.

En suma; los veientes y los etruscos engañáronse en sus propósitos, como ya hemos dicho, y en una sola batalla fueron dominados por Roma. De igual suerte se engañará siempre quien por tales vías y en parecidas circunstancias crea poder subyugar un pueblo.

CAPÍTULO XXVI

Las injurias é improperios engendran odio contra quien las emplea y no le producen utilidad alguna.

Creo que una de las mejores reglas de prudencia que pueden usar los hombres es la de abstenerse de injurias y amenazas de palabra, porque ninguna de ambas cosas quita fuerza al enemigo. En cambio aquéllas engendran contra ti odio, y éstas le obliga á ser más cauto y á emplear mayor industria en tu ofensa.

Bien se ve esto en el ejemplo de los veientes, de quienes hemos hablado en el anterior capítulo. No contentos con causar á los romanos los males de la guerra, añadieron á ellos frases injuriosas cuyo uso deben prohibir los jefes prudentes á sus soldados, porque enardecen al enemigo y le excitan á la venganza, sin quitarle, como he dicho, los medios de ofender; de suerte que la injuria es un arma que se vuelve contra quien la emplea.

De esta verdad hubo un ejemplo notable en Asia. Sitaba el general persa Gabade á Amida, y, cansado de la duración del asedio, determinó no continuarlo y marcharse. Cuando levantaba el campamento, los habitantes de la ciudad acudieron á las murallas ensoberbecidos con la victoria, y no omitieron ninguna clase

de injuria, vituperando y acusando de cobardía al enemigo. Irritado Gabade mudó de propósito, y volviendo al asedio por la indignación que le produjeron las ofensas, á los pocos días tomó y saqueó la ciudad.

Esto mismo sucedió á los veientes, los cuales, como he dicho, no creyendo bastante hacer la guerra á los romanos, los injuriaban de palabra é iban hasta las estacadas de su campamento para insultarles, irritándoles más con las palabras que con las armas; de modo que los soldados que al principio combatían de mala gana, obligaron á los cónsules á dar la batalla y, según referí, sufrieron los veientes la pena de su imprudente audacia.

Deben, pues, los buenos generales y los buenos gobernadores de las repúblicas prohibir el uso de injurias é improprios, lo mismo entre ciudadanos que entre militares; lo mismo en la población que en el ejército; lo mismo entre sí que contra el enemigo, porque contra el enemigo producen los resultados ya dichos, y entre sí tienen peores consecuencias si no se cuida de reparar inmediatamente sus efectos, como lo hacen siempre las personas sensatas.

Cuando las legiones romanas dejadas en Capua conspiraron contra los capuanos, como en su lugar se dirá, la conjura produjo una sedición que apaciguó Valerio Corvino, y entre las cláusulas del convenio que se hizo fué una la de imponer penas gravísimas á los que se atrevieran á censurar á aquellos soldados por la sedición.

Durante la guerra contra Anníbal fué nombrado Tiberio Gracco general de los esclavos, que los romanos, á falta de hombres libres, habían armado, y entre las primeras cosas que ordenó fué una castigar con pena capital á quien echase en cara á cualquiera de ellos su estado de esclavitud. Tan dañoso consideraron los ro-

manos vilipendiar á los hombres ó acusarles de algo vergonzoso, porque no hay cosa que más enardezca los ánimos, ni cause mayor indignación como las injurias dichas en serio ó en burlas: *Nam facetiæ aspera, quando nimium ex vero traxere, acrem, sui memoriam relinquunt* (1).

CAPÍTULO XXVII

Los príncipes y las repúblicas prudentes deben contentarse con vencer, porque muchas veces, por querer más, se pierde todo.

El usar palabras ofensivas contra el enemigo nace las más veces de la soberbia que la victoria engendra ó de la falsa esperanza de vencer, falsa esperanza que hace errar á los hombres no sólo en lo que dicen, sino también en lo que hacen, porque al penetrar en su corazón les hace traspasar los justos límites y perder con frecuencia la ocasión de conseguir un bien seguro por ambicionar otro mayor, pero incierto.

Asunto es este que merece seria consideración, por ser frecuentes los errores de los hombres con daño propio y de su patria, y creo debo tratarlo especialmente con ejemplos antiguos y modernos, porque con razonamientos no podría demostrarlo de un modo evidente.

Cuando Anníbal derrotó á los romanos en Canas, envió comisionados á Cartago para dar cuenta de su victoria y pedir recursos. Discutióse mucho en el Senado sobre lo que debía hacerse. Hannón, anciano y prudente ciudadano cartaginés, aconsejó que se aprovechara

(1) Porque las burlas crueles cuando en el fondo tienen algo de verdad, dejan amarga memoria.

la victoria hábilmente para ajustar la paz, pues como vencedor, se obtendría con condiciones ventajosas y no esperar á tenerla que pedir como vencido; porque el propósito de los cartagineses era demostrar á Roma que tenían fuerzas y medios para combatirla y, conseguido el triunfo, no se debía desaprovechar esta ventaja por la esperanza de otro mayor. Rechazóse el consejo y el Senado cartaginés comprendió lo bueno que era cuando pasó la oportunidad de seguirlo.

Había conquistado ya Alejandro todo el Oriente, cuando la república de Tyro, célebre en aquellos tiempos y poderosa por tener su capital asentada en islotas como Venecia, viendo la grandeza de Alejandro, le envió embajadores para decirle que querían ser buenos servidores suyos y prestarle la obediencia que deseaba; pero que no recibirían ni á él ni á su ejército en el territorio de la república. Indignado Alejandro porque una ciudad le cerrara las puertas cuando todo el mundo se las había abierto, despidió á los embajadores, rechazando sus condiciones, y mandó sitiar á Tyro. Edificada ésta según he dicho, sobre islotes, estaba provista de los víveres y municiones necesarios para la defensa; de modo que, después de cuatro meses de asedio, comprendió Alejandro le entretenia aquel sitio más tiempo que sus muchas anteriores conquistas, sin ganar mayor fama, y determinó hacer un convenio con Tyro, concediéndole lo mismo que los embajadores de esta ciudad habían ofrecido antes. Pero enorgullecidos los sitiados, no sólo rehusaron aceptar el ofrecimiento, sino además mataron á los comisionados para hacerlo. La indignación de Alejandro fué entonces tan grande que, apretando el asedio, tomó y arruinó la ciudad y mató ó esclavizó á sus habitantes.

Vino en 1512 un ejército español á los dominios florentinos para restablecer á los Médicis en Florencia é

imponer tributos á la ciudad. Llamáronle algunos florentinos prometiéndole que, al entrar en las tierras de su patria, empuñarían las armas en su favor: llegó á la llanura, y nadie se sublevó. Por carecer de víveres intentaron los españoles un convenio; pero ensoberbecido el pueblo de Florencia no lo aceptó, ocasionando la pérdida de Prato y la ruina del Estado.

El mayor error que pueden cometer los príncipes que se ven atacados por fuerzas muy superiores á las suyas desde hace largo tiempo, es, por tanto, negarse á un acuerdo, sobre todo si se lo ofrecen, porque las proposiciones no serán tan duras que no favorezcan de algún modo á quien las acepta, y en tal sentido se interpreten como una victoria suya.

Debió bastar al pueblo de Tyro que Alejandro aceptara las condiciones que primero rehusó, y era para aquél una brillante victoria obligar á tan grande hombre con las armas en la mano á condescender con su deseo. Debió bastar también al pueblo florentino, y también era una victoria, que el ejército español cediera en algunas de sus pretensiones y no realizara todos sus propósitos, que eran tres: cambiar el régimen de gobierno en Florencia, separarla de la alianza francesa y obligarla á dar dinero. Con ofrecerle de estas tres cosas las dos últimas, hubiera quedado al pueblo una, la de conservar su forma de gobierno. Teniendo este honor y esta satisfacción, no debió cuidarse de los otros dos propósitos, puesto que mantenía su independencia; ni aun esperando como segura mayor victoria, exponer á los caprichos de la fortuna sus últimos recursos, cosa que sin extrema necesidad no hace ninguna persona prudente.

Llamado por los cartagineses para socorrer á su patria, partió Anníbal de Italia después de estar en ella diez y seis años victorioso. Encontró á Sifax y á Asdrú-

bal derrotados, perdido el reino de Numidia, reducido el poder de Cartago á los muros de esta ciudad, y sin más medios de resistencia que el ejército á sus órdenes. Conociendo que era éste el último recurso de su patria, no quiso arriesgarlo inmediatamente y sin intentar antes otros remedios. No se avergonzó de pedir la paz, juzgando que si había salvación para Cartago era en la paz y no en la guerra, y cuando los romanos la negaron dió la batalla, casi cierto de perderla, por si la fortuna le favorecía ó, en caso contrario, sucumbir gloriosamente.

Si Annibal, que era tan valeroso y tenía intacto su ejército, procuró primero la paz que la guerra, cuando vió que de la pérdida de una batalla dependía la libertad de su patria, ¿qué deben hacer los de menos valor y menos experiencia que él? Pero los hombres cometen la falta de no limitar sus esperanzas, y fundándose en ellas, sin atender á otras condiciones, llegan á la ruina.

CAPÍTULO XXVIII

De lo peligroso que es para una república ó un príncipe no castigar las ofensas hechas á los pueblos ó á los particulares.

Lo que causa indignación á los hombres se conoce fácilmente por lo que sucedió á los romanos cuando enviaron á los tres Fabios de embajadores á los galos que venían á atacar á Etruria y especialmente á Clusium. Había pedido esta ciudad auxilio á Roma, la cual encargó á sus embajadores dijera á los galos en nombre del pueblo romano, que se abstuvieran de guerrear contra los etruscos.

Llegaron los Fabios en el momento en que se iba á dar la batalla entre galos y etruscos, y siendo más á propósito para los hechos que para las palabras, se unieron á éstos y pelearon contra aquéllos. Reconocidos por los galos, toda su indignación contra los etruscos la convirtieron contra los romanos, y fué aun mayor porque, habiendo enviado embajadores al Senado de Roma para quejarse de esta ofensa, pidiendo que como reparación de ella les entregara á los Fabios, no sólo no se los dieron, ni les castigaron de ningún otro modo, sino que en las elecciones hechas entonces por los comicios fueron nombrados tribunos con potestad consular. Viendo los galos recompensados á los que merecían castigo, juzgaron que esto se hacía por menosprecio y ofensa á ellos, y llenos de indignación y de ira atacaron á Roma y la tomaron, excepto el Capitolio. Motivo de esta desdicha de los romanos fué su inobservancia de la justicia, porque, habiendo violado sus embajadores el derecho de gentes (*jus gentium*) y debiendo ser castigados, fueron premiados.

Los príncipes y las repúblicas deben, pues, procurar que no se cometan tales ofensas, ni contra los pueblos, ni contra los particulares; porque si un hombre es gravemente ofendido por un Estado ó un individuo y no obtiene la reparación que juzgue necesaria, si es ciudadano de una república, procura vengarse aunque sea á costa de la ruina de su patria, y si súbdito de un príncipe, y tiene alguna altivez, no quedará satisfecho hasta que de algún modo se haya vengado de él, aun á costa de su propia vida.

El mejor y más elocuente ejemplo de esto que digo es el de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro. Había en su corte un hermoso y noble joven llamado Pausanias, de quien se enamoró Attalo, uno de los personajes más importantes del reino. Solicitó éste repetidas ve-

ces á Pausanias para que accediera á sus deseos y, rechazado siempre por el joven, determinó conseguir por engaño y fuerza lo que de otro modo le era imposible. Al efecto organizó un esplendido banquete al que acudieron Pausanias y muchos otros señores ilustres. Cuando todos habían comido y bebido en abundancia, hizo sujetar á Pausanias, conducirlo á una secreta estancia, y allí, no sólo satisfizo por medio de la violencia su liviandad, sino, para mayor ignominia, hizo que muchos otros de los convidados le atropellaran de igual modo.

De esta gravísima ofensa quejóse muchas veces Pausanias á Filipo, quien, entreteniéndole durante algún tiempo con la esperanza de vengarle, no sólo no lo hizo, sino que dió á Attalo el gobierno de una provincia de Grecia. Viendo Pausanias á su enemigo premiado en vez de castigado, indignóse, no tanto contra quien le había injuriado como contra Filipo, que le dejó sin venganza, y en un día solemne, el de las bodas de la hija de Filipo con Alejandro, rey de Epiro, cuando Filipo iba á celebrarlas al templo entre los dos Alejandros, su hijo y su yerno, le asesinó.

Este ejemplo, parecido al de los romanos, demostrará á los gobernantes que á ningún hombre se le debe menospreciar hasta el punto de creer que, por injuriado que sea, no pensará en vengarse á costa de los mayores peligros, aun el de perder la vida.

CAPÍTULO XXIX

La fortuna ciega el ánimo de los hombres cuando, no quiere que éstos se opongan á sus designios.

Si se considera bien cómo proceden las cosas humanas, se verá que muchas veces ocurren hechos y acci-

dentos que los cielos impiden prever. Habiendo sucedido esto en Roma, donde había tanto valor, tanta religiosidad y tan buenas instituciones, no es maravilla que ocurra con mayor frecuencia en ciudad ó Estado faltos de tales condiciones.

Prueba esto la omnipotencia del cielo en las cosas humanas, y Tito Livio procura demostrarlo en largo y elocuente discurso diciendo que, por querer el cielo para algún designio suyo que los romanos conocieran su poder, hizo que los Fabios, enviados como embajadores á los galos, cometieran la falta ya dicha, que ocasionó la guerra contra Roma; determinó después que en esta guerra no hicieran los romanos cosa alguna digna de este gran pueblo, pues primero ordenaron el destierro á Ardea de Camilo, quien era el único remedio á tanto mal; después, cuando los galos estaban ya en marcha contra Roma, los mismos que para contener el impetu de los volscos y de otros infinitos enemigos habían nombrado muchas veces un dictador, no le nombraron en esta ocasión; la recluta de los soldados fué escasa y tardía, siendo tan remisos para empuñar las armas, que apenas llegaron á tiempo de encontrar á los galos junto al río Allia, á diez millas de Roma. Allí asentaron los tribunos el campamento sin ninguna de las acostumbradas precauciones, no examinando primero el terreno, no rodeándole de fosos y parapetos, no practicando, pues, nada de lo que aconseja la prudencia divina ó humana. Al dar la batalla, las líneas eran de escasa profundidad, de suerte que ni soldados ni capitanes hicieron nada digno de la disciplina romana. No se derramó sangre en la batalla, porque los romanos huyeron al ser atacados, dirigiéndose la mayoría á Veio y los demás á Roma, donde, sin entrar en sus casas, se refugiaron en el Capitolio. En vista de ello el Senado ni pensó en la defensa de Roma ni siquiera mandó cerrar las puertas de

la ciudad; unos senadores huyeron y otros se encerraron en el Capitolio. Mejor orden emplearon en la defensa de éste, porque no lo llenaron de gente inútil y acumularon en él cuantos víveres pudieron para resistir el asedio. De la turba inútil de viejos, mujeres y niños, la mayoría huyó á las poblaciones circunvecinas y el resto quedó en Roma presa de los galos. Así, pues, quien hubiese leído las cosas hechas por aquel pueblo tantos años antes y leyera despues lo que sucedió entonces, no podría creer que se trataba del mismo pueblo. La descripción de tales desórdenes la termina Tito Livio, diciendo: *Adeo obcæcat animos fortuna, cum vim suam ingruentem refringi non vult* (1).

Esta deducción es ciertísima. Los hombres que viven ordinariamente en la mayor prosperidad ó en la mayor desventura merecen menos de lo que se cree alabanzas ó censuras. La mayoría de las veces se les verá caer en la desgracia ó ascender á la mayor fortuna impulsados por una fuerza superior á ellos, que procede del cielo y que les da ó quita la ocasión de mostrar su virtud. Cuando la fortuna quiere que se realicen grandes cosas, elige un hombre de tanta inteligencia y tanto valor, que comprenda y aproveche la ocasión que le presenta. De igual manera cuando quiere producir grandes ruinas presenta en primer término hombres que ayuden á realizarlas, y si hubiera alguno capaz de impedir las, ó lo mata ó le priva de los medios de ejecutar bien alguno.

Adviértese muy bien en estos sucesos que la fortuna, para engrandecer á Roma é impulsarla á su venidera gloria, juzgó necesario sufriese este descalabro (que narraremos al principio del siguiente capítulo), pero no quiso arruinarla por completo. Para esto hizo que Camilo fue-

(1) De tal suerte obceca la fortuna los ánimos cuando no quiere que resistan á sus ataques.

ra desterrado y no muerto, que los galos se apoderaran de Roma, pero no del Capitolio; que los romanos nada hicieran de provecho para defender la ciudad, ni descuidaran nada para la defensa del Capitolio; que, para facilitar la ocupación de Roma, la mayoría de los soldados derrotados en el Allia huyeran á Veio, privando así á Roma de todos los medios de defensa. Al mismo tiempo que arreglaba así las cosas, preparaba lo necesario para recobrar la ciudad, pues al efecto condujo á Veio un ejército entero y puso á Camilo en Ardea, para que las tropas romanas, á las órdenes de un general que ninguna parte había tenido en la vergonzosa derrota de Allia y mantenía incólume su reputación, pudieran hacer frente al enemigo y reconquistar la patria.

Podrían aducirse ejemplos modernos en confirmación de lo expuesto, pero no lo juzgo necesario, bastando el de los romanos. Afirmo una vez más ser absolutamente cierto y estar demostrado en toda la historia que los hombres pueden secundar á la fortuna y no contrarrestarla; pueden tejer sus hilos, pero no romperlos. No deben abandonarse á ella porque, ignorando sus designios y caminando la fortuna por desconocidas y extraviadas sendas, siempre hay motivos de esperanza que sostendrán el ánimo en cualquier adversidad y en las mayores contrariedades de la suerte.

CAPÍTULO XXX

Las repúblicas y los principes verdaderamente poderosos no adquieren aliados por dinero, sino con el valor y la reputación de su fuerza.

Estaban los romanos sitiados en el Capitolio, y aun que esperaban el socorro de las tropas reunidas en Veio

y de Camilo, agobiados por el hambre empezaron á negociar con los galos para libertarse mediante una cantidad de oro; pero mientras convenían en ello y se estaba pesando el oro, llegó Camilo con su ejército, cosa hecha por la fortuna, dice Tito Livio, para que los romanos no se vivieran rescatados por dinero.

Esto no sólo es de notar en el caso citado, sino en todos los demás de la historia de la república romana, donde se ve que jamás hizo conquistas con dinero, ni la paz por dinero, sino por el valor de sus soldados, lo que creo no haya ocurrido á ninguna otra república.

Una de las señales para conocer el poderío de un Estado, es su manera de vivir con sus vecinos. Cuando se arregla de modo que éstos, para conservar su amistad, le pagan tributos, seguramente el Estado es poderoso. Si sus vecinos, aun siendo inferiores en fuerza, le sacan dinero, la prueba de su debilidad es evidente.

Léase toda la historia romana, y se verá que los marseleses, los eduos, los de Rodas, el siracusano Hierón, los reyes Eumenes y Masinisa, vecinos todos de los dominios de Roma, para que no les faltase la amistad de esta república, contribuían á sus gastos y á sus necesidades con tributos, sin otra recompensa que su protección.

Lo contrario sucede á los Estados débiles. Empezando por el nuestro de Florencia, en los pasados tiempos, cuando era mayor su esplendor, no había potentado en la Romaña á quien no diera pensión, y las daba también á los de Perusa, á los de Castello y á todos sus demás vecinos. De estar la república florentina armada y poderosa, hubiese sucedido lo contrario; pues por acogerse á su protección, todos le hubieran dado dinero, procurando comprar la amistad de Florencia, en vez de venderle la suya.

Y no sólo á los florentinos se les debe censurar esta

cobardía, sino también á los venecianos y al rey de Francia, quien, poseyendo un reino tan grande, es tributario de los suizos y del rey de Inglaterra. La causa de ello es tener desarmado al pueblo y preferir el citado rey y las repúblicas mencionadas la presente ventaja de poderlo oprimir y de evitar un peligro más imaginario que real, á hacer cosas encaminadas á la seguridad y felicidad perpetua del Estado. Esta política débil produce la paz durante algunos años; pero ocasiona, andando el tiempo, necesidades, daños y ruina irremediables.

Larga tarea sería referir las veces que los florentinos, los venecianos y el rey de Francia han comprado la paz por dinero; en cuántas ocasiones se han sometido á la ignominia que, sólo en una, estuvieron los romanos á punto de sufrir. También sería largo nombrar las plazas y comarcas que florentinos y venecianos han adquirido por dinero; sistema que origina grandes desórdenes, porque lo que se conquista con oro no se sabe defender con hierro.

Observaron los romanos esta política generosa y este modo de vivir mientras fueron libres; pero al caer bajo el dominio de los emperadores, y cuando éstos empezaron á ser malos y á preferir la sombra al sol, comenzaron también á rescatarse por dinero, ora de los parthos, ora de los germanos, ora de otros pueblos limítrofes, lo cual fué origen de la ruina del imperio. Este mal procedió de haber desarmado sus pueblos, y engendraba otro mayor, cual es que, cuando el enemigo más avanza en el interior de tus Estados, más débil te encuentra; porque quien vive de este modo, maltrata á los súbditos del interior de su imperio para mantener hombres que en las fronteras contengan al enemigo, y á fin de tenerlo más alejado, necesita dar pensiones á los señores y á los pueblos limítrofes. Así las cosas, se hace

alguna resistencia en las fronteras; pero si el enemigo las traspasa, no quedan medios de contenerlo. Esta conducta es contraria á toda buena organización, pues lo que se debe tener armado es el corazón, la parte vital, y no las extremidades, que sin éstas se vive, pero la herida en el corazón mata. Los imperios organizados según hemos dicho, arman sus pies y manos y dejan el corazón sin defensa.

Esta viciosa organización se ha visto y se ve hoy día en Florencia, pues cuando cualquier ejército pasa las fronteras y se acerca al corazón de la república, no encuentra ninguna resistencia.

Hace pocos años que los venecianos dieron igual prueba de flaqueza, y se hubiera visto el fin de su ciudad á no estar rodeada por el agua. Esta inexperiencia no es tan frecuente en Francia, por ser aquél un gran reino y haber pocos que le superen en fuerza. Sin embargo, cuando los ingleses en 1513 invadieron á Francia, el temor fué tan general, que lo mismo el rey que los súbditos juzgaban posible la pérdida de la independencia con sólo perder una batalla.

Lo contrario sucedía á los romanos, pues cuanto más se acercaba el enemigo á Roma, tanta mayor era la resistencia que encontraba; y á la llegada de Annibal á Italia se vió que, después de tres derrotas y de la muerte de tantos capitanes y soldados, no sólo pudieron contenerle, sino vencerle. Tenían bien armado el corazón y se cuidaban poco de las extremidades, porque los fundamentos de su poder eran Roma, el pueblo latino, sus aliados en Italia y sus colonias, de donde sacaban tantos soldados que fueron bastantes para conquistar y dominar el mundo. Prueba de esta verdad es la pregunta que hizo el cartaginés Hannón á los enviados de Annibal después de la derrota de Canas. Ponderaban éstos lo hecho por Annibal, cuando les preguntó

Hannón si alguno del pueblo romano había venido á pedir la paz y si alguna de las ciudades latinas ó de las colonias se había rebelado contra los romanos. Respondieron negativamente, y replicó Hannón: «Pues en tal caso, la guerra está como al comenzarla.»

Demuestran, pues, las consideraciones expuestas cuán diverso es el modo de proceder entre las repúblicas modernas y las antiguas, y esto explica las milagrosas pérdidas y las milagrosas conquistas; porque donde los hombres tienen escaso valor y poca prudencia, muestra la fortuna su poder; y, como ésta es variable, cambian frecuentemente los Estados y las repúblicas sometidos á su influencia, y continuarán variando mientras no aparezca alguno tan amante de los preceptos de la antigüedad que domine á la fortuna, quitándole los medios de mostrar su extrema inconstancia.

CAPÍTULO XXXI

De lo peligroso que es dar crédito á los desterrados.

Creo oportuno hablar aquí de lo peligroso que es dar crédito á los desterrados de su patria, cosa de que diariamente tienen que ocuparse los que gobiernan Estados, y puedo demostrarlo con un ejemplo memorable que trae Tito Livio en su historia, aunque no con este propósito.

Cuando Alejandro Magno entró con su ejército en Asia, Alejandro de Epiro, su tío y cuñado, vino con otro ejército á Italia, llamado por los desterrados de Lucania, quienes le hicieron creer que, mediante ellos, ocuparía toda esta provincia. Confiando en esta promesa llegó á Italia, y los desterrados le mataron, por ha-

berles prometido sus conciudadanos, como premio de esta muerte, levantarles el destierro.

Obsérvese, pues, cuán vana es la fe y las promesas de los que están desterrados de su patria. En cuanto á la fe, no se debe perder de vista que en cualquiera ocasión pueden por otros medios que los que tú les des volver á sus casas, y, por tanto, que te abandonarán y se unirán á otros á pesar de sus promesas; y en cuanto á las facilidades que prometen y á las esperanzas que dan, debe tenerse en cuenta que su grandísimo deseo de volver á la patria les hace creer, naturalmente, muchas cosas falsas é inventar muchísimas. Lo que ellos creen y lo que inventan, te infunden esperanzas y realizas un gasto inútil y una empresa ruinosa.

En prueba de ello, basta añadir al ejemplo ya citado de Alejandro de Epiro el del ateniense Temístocles, que, por rebelde, tuvo que acogerse á la corte de Darío en Asia, é hizo á Darío tantas promesas para cuando quisiera atacar á Grecia, que éste decidió emprender la campaña; pero no pudiendo Temístocles cumplirle lo ofrecido, ó por vergüenza, ó por temor al suplicio, se envenenó. Si un grande hombre como Temístocles cometió este error, calcúlese cuánto se equivocaron los que, sin tener su talento y saber, se dejan arrastrar más fácilmente por la violencia de sus pasiones.

Deben, pues, los príncipes andar con tiento en acometer empresas aconsejadas por desterrados, porque las más veces sólo producen la vergüenza de un fracaso ó daños gravísimos.

Como á veces se intenta tomar las plazas fuertes por sorpresa ó por inteligencias con los de dentro, creo oportuno hablar de ello en el siguiente capítulo, añadiendo los diferentes modos que usaban los romanos para conquistarlas.

CAPÍTULO XXXII

Diferentes sistemas de los romanos para tomar las plazas fuertes.

Dedicados casi constantemente los romanos á la guerra, la hicieron siempre con toda clase de ventajas, tanto respecto á los gastos como á las demás cosas que á la milicia se refieren. Por ello procuraban no sitiar las plazas fortificadas, juzgando que los gastos y las molestias superaban mucho á la utilidad de tomarlas, y preferían apoderarse de ellas por cualquier otro sistema que el del asedio, hasta el punto de que, en tantas guerras durante tantos años, hay poquísimos ejemplos de sitios en regla.

Los dos modos que empleaban para tomar las fortalezas eran el asalto ó la capitulación. El primero lo ejecutaban, ó empleando sólo la fuerza de las armas, ó ésta y la astucia. En el primer caso asaltaban los muros sin romperlos previamente (á lo cual llamaban *aggredi urbem corona*), porque rodeaban la población con todo el ejército y atacaban á la vez el recinto por todas partes, ocurriendo muchas veces que al primer asalto se apoderaban de la plaza, aunque fuera fortísima. Así tomó Scipión á Cartagena, en España. Cuando el asalto no era suficiente, procedían á romper los muros con arietes y otras máquinas de guerra, ó hacían minas por las cuales entraban en la ciudad (así tomaron la de Veio), ó, para igualarse en altura con los que defendían las murallas, construían torres de madera ó terraplenes apoyados en los muros por su parte exterior. Contra el primer medio de ataque, cuando la plaza era asaltada

por todos lados, defendíanse con sumo peligro los sitiados, y era muy dudoso su triunfo, porque, necesitando tener en toda la muralla bastantes defensores, ó no los había para luchar y relevarse unos á otros, ó, de haberlos, no eran todos de igual valor para resistir y, forzado un sólo punto, perdíanse los demás.

Sucedía muchas veces, como he dicho, que esta forma de ataque tenía feliz éxito; pero si eran rechazados en el asalto no lo repetían, por ser peligroso para el ejército, á causa de tener que distribuir sus fuerzas en grande espacio y quedar débil para resistir una salida de los sitiados por un sólo punto, además de lo que cansaban y desordenaban las tropas. Solían, pues, intentar una sola vez y por sorpresa.

El ataque de las máquinas para abrir brecha en las murallas se resistía como ahora, haciendo parapetos interiores, y á las minas se oponían las contraminas impidiendo la entrada del enemigo ó por fuerza, ó cerrándole el paso en otras formas, una de las cuales era llenar toneles de plumas y pegarles fuego al meterlos en las minas; el humo pestilente hacía imposible entrar por ellas. Cuando el ataque era por medio de torres de madera procuraban incendiarlas y, cuando por terraplenes, rompían el muro por la parte inferior del punto en que éstos se apoyaban, metiendo por el agujero dentro de la plaza la tierra que los de afuera amontonaban, de modo que el terraplén no aumentaba en altura.

Este género de ataque no se puede continuar largo tiempo, siendo preciso, si no tiene éxito pronto ó levantar el sitio y buscar otro medio de vencer en la guerra, como hizo Scipión cuando, á llegar á África, atacó á Útica, no pudo tomarla y levantó el sitio para buscar y combatir al ejército cartaginés; ó formalizar el sitio en regla, como hicieron los romanos en Veio, Capua, Cartagena, Jerusalén y otras plazas que de este modo ocuparon.

Ocurre la toma de las plazas por fuerza y astucia, cuando se tienen inteligencias con algunos de los sitiados. Así se apoderaron los romanos de Palepoli. Muchas veces los romanos y otros pueblos han intentado tomar fortalezas de este modo y pocas lo han conseguido, porque al más leve obstáculo desconcierta lo convenido y los obstáculos se presentan fácilmente, pues la conjura se descubre casi siempre antes de tener efecto, cosa no difícil por la falta de fidelidad entre los conjurados ó por la casi imposibilidad de tramarla con un enemigo á quien no se le puede hablar sin justo motivo. Y aunque la conspiración no se descubra al tramarla, ocurren mil contrariedades al ejecutarla; porque el acudir un poco antes ó un poco después del momento convenido, ó cualquier ruido impensado, como el de los graznidos de los gansos del Capitolio, ó un cambio en la forma habitual de vigilancia, ó un error ó una falta cualquiera, hace abortar la empresa. Añádase á esto la obscuridad de la noche, más temerosa para los que tienen que pelear en las tinieblas que cualquier otro peligro, y si desconocen los soldados las condiciones del sitio por donde han de ir, se confunden, aturden y acobardan por el más pequeño y fortuito accidente, bastando una sombra para ponerles en fuga.

Nunca hubo capitán tan experto en esta clase de ataques sigilosos y nocturnos como Arato Sicioneo, tan bravo en ellos como pusilánime en los combates en pleno día y campo abierto. Esto debe atribuirse á un talento especial suyo, mejor que á la facilidad de realizar tales empresas, por ser muchas las que se intentan, pocas las que se practican y poquísimas las que tienen buen éxito.

En cuanto á las plazas que se entregan, preciso es distinguir si lo hacen voluntariamente ó por fuerza. En el primer caso, si es por alguna necesidad exterior que

les obliga á someterse al poder de otro, como lo hizo Capua con los romanos, ó por deseo de ser bien gobernadas, induciéndoles á ello el ejemplo del buen gobierno que un príncipe tiene en los pueblos puestos bajo su dirección, como hicieron los de Rodas, los marselleses y tantos otros pueblos que voluntariamente se sometieron á los romanos.

En cuanto á la rendición forzada, ó es término de un largo asedio, como ya he dicho, ó la producen las continuas correrías, depredaciones y otros daños de que sólo se pueden librar entregándose. De todos los sistemas, éste fué el que con más frecuencia usaron los romanos, empleando cuatrocientos cincuenta años en gastar las fuerzas de sus vecinos con continuas correrías y batallas, y en adquirir sobre ellos, por medio de tratados, todas las ventajas posibles, como ya dijimos. Los demás medios de agresión también los usaron; pero encontrando en ellos algo peligroso ó inútil, prefirieron constantemente aquél, porque en los asedios hay pérdida de tiempo y de dinero, en los asaltos duda del éxito y peligro, y en las inteligencias con algunos de los sitiados, incertidumbre. Vieron prácticamente que una batalla ganada les daba en un día un reino, y en tomar por asedio una plaza obstinada en defenderse consumían muchos años.

CAPÍTULO XXXIII

Los romanos daban á los generales de sus ejércitos completa libertad para dividir las operaciones militares.

Creo que deben tenerse en cuenta, si se lee con fruto la historia de Tito Livio, las reglas de conducta del pueblo y del Senado romano, y entre las muchas cosas

dignas de estudio figura la extensión de la autoridad concedida á los cónsules, dictadores y demás generales de sus ejércitos, que era grandísima, no reservándose el Senado sino el derecho de declarar la guerra ó de confirmar la paz. Todo lo demás quedaba al arbitrio y bajo la potestad del cónsul. Porque acordada por el Senado y el pueblo una guerra como, por ejemplo, la de los latinos, todos los detalles de la ejecución correspondiente al cónsul, que podía dar una batalla ó no darla, sitiar una plaza ú otra según lo estimara conveniente.

Prueban esta libertad de acción muchos ejemplos, y especialmente lo ocurrido en una expedición contra los etruscos; porque habiéndoles vencido el cónsul Fabio cerca de Sutrium (1), y determinando después pasar con el ejército la selva Cimina para internarse en la Etruria, ni pidió consejo al Senado, ni siquiera le notificó su proyecto, á pesar de que se empeñaba en una campaña incierta y peligrosa, por ser en tierra desconocida. Demuestra la verdad de esto el acuerdo del Senado, contrario al proyecto de Fabio, pues, al saber la victoria del cónsul, sospechando que quisiera atravesar la citada selva de la Etruria, y creyendo que no debía intentarse tal cosa ni exponerse á aquel peligro, le envió dos legados para decirle que no se internara en la Etruria. Llegaron éstos cuando ya había atravesado la selva y alcanzado otra victoria, y los que fueron para impedir la guerra volvieron como mensajeros de las conquistas hechas y de la gloria adquirida.

Bien examinada esta conducta, debe reconocerse que es prudentísima, porque si el Senado hubiese querido que el cónsul obrara en la guerra conforme á detalladas y continuas instrucciones suyas, lo hacía menos cir-

(1) Antigua y famosa colonia de los romanos. Era la llave de la Etruria por la parte de Roma. Hoy se llama Sutri.